

A lo largo de aquel período de paz y prosperidad, no siempre estuvo Báquidas en Jerusalén, pero fue el verdadero gobernador de Judea, y todos los asuntos pasaron por sus manos. La situación se iba aclarando. El grupo de Jonathán cada instante tomaba más un carácter natural, al servicio de quien quisiera utilizarlo. La contienda religiosa se calmaba. El gobierno sirio, apartándose de las falsas ideas que habían extraviado a Antíoco Epifanio, se hacía indiferente a los partidos de Judea, y se apoyaba alternativamente en uno o en otro según la circunstancia. En el fondo, poseía Jonathán una gran ventaja: la de tener una tropa propia suya, valiente y algo disciplinada al parecer. Ya nadie le atacaba. Vivía a su gusto, tranquilamente, en aquel país falto de la autoridad del gobierno, llamado el desierto, o en los matorrales del Jordán, que entonces, como hoy, formaban una espesura inaccesible para la policía secular. Un día hallaron en el desierto Jonathán y sus compañeros una aldea abandonada, que llamaban Beth-Bassi. La restauraron como pudieron, la fortificaron con arreglo a las costumbres de la época, y se instalaron en ella. No estaban en buenas relaciones con los Beni Fasiron, el jeque Odomira y sus hermanos, árabes de la vecindad. Los rivales de Jonathán (quizá los árabes citados) convencieron a Báquidas de que sería fácil apoderarse de los rebeldes. La primera tentativa de sorpresa tuvo tan mal éxito que, enterados los rebeldes, cogieron a unos cincuenta complicados en la maquinación y los mataron. Báquidas fue a sitiar a Beth-Bassi. Jonathán dejó en aquel lugar a su hermano Simón y salió con algunos hombres resueltos. Derrotó a Odomira y a los Beni Fasiron en su campamento, alistó a bastante gente y volvió con mayores fuerzas. Simón entonces hizo una salida y quemó las máquinas. Unidos ambos hermanos, atacaron a Báquidas de forma ventajosa. Báquidas experimentó tal decepción que desahogó su mal humor en los que le habían inducido a tan desdichada empresa y mandó matar a muchos de ellos.

Se relatan estas historias de un modo tan incompleto y parcial, que no puede averiguarse la verdad de lo ocurrido. El caso es que lo que había empezado en batallas acabó por una reconciliación. Jonathán envió a Jerusalén a unos representantes suyos que negociaron el *amán* o indulto. Se dio al rebelde la amnistía completa y la promesa de no perseguirle por ningún acto de su vida pasada o venidera. Todos los prisioneros judíos que Báquidas tenía fueron devueltos. Lo más raro, aunque no contrario a las costumbres orientales, es que, de culpable perseguido por las armas, pasó Jonathán sin transición a ser un poder reconocido oficialmente. Aceptado por la autoridad siria, Jonathán se estableció en Mikmas, dos leguas al Norte de Jerusalén, con todos los poderes del gobierno. El primer uso que hizo de ellos, según sus ideas de teócrata incorregible, fue obligar a desaparecer a los impíos de Israel, lo cual alcanzó sin duda ajusticiando a algunos, y aterrorizando a los demás, que abandonaron el país.

Verdaderamente, por motivos que en casi totalidad ignoramos, Báquidas riñó con los helenizantes en quienes hasta entonces se había apoyado. Encontró en la gente de Jonathán lo que buscaba, es decir: sol-

dados aguerridos por una larga permanencia en el desierto, y en el jefe un espíritu de orden y un aliado que le prometía la pacificación del país. La reconciliación del gobierno con un rebelde a quien ha perseguido es uno de los hechos más comunes de la historia diaria de Oriente. Los odios de principios en estos países cedan muy pronto a las necesidades variables de la política y al interés.

En 152 se demostró la poca solidez del reino de Siria por una nueva revolución que aumentó un poco la fuerza de los que querían declararse independientes. Un intriguante llamado Bala, supuesto hijo de Antíoco Epifanio, se hizo proclamar por la guarnición de Acre. Jonathán supo aprovecharse hábilmente de la guerra bastante larga que se originó, para hacerse otorgar por ambos soberanos aumentos de poder. Demetrio le permitió reclutar tropas y recuperar los rehenes que Báquidas había mandado encerrar en Akra. Jonathán entró en Jerusalén, donde la autoridad asmónea había dejado de existir de hecho desde hacía diez años, reclutó tropas y mandó que le entregaran los rehenes. El terror reapareció con él. Cuantos se habían opuesto a la rebelión tuvieron que huir para salvar la vida. La ciudadela de Akra y la plaza de Betsur era lo único que quedaba en poder de los sirios. En ellas hubo enérgicas resistencias. Los apóstatas y los helenistas tráfugas estaban dentro de aquellos recios muros y temían por su vida si caían en manos de Jonathán.

Bala, por su parte, se comportaba igual que su rival. Envío a Jonathán una carta llamándole su hermano, dándole su amistad, pidiéndole la suya, dándole el pontificado soberano, y anunciándole el envío de un traje de púrpura y de una corona de oro. Cuando recibió la carta, se puso Jonathán el traje pontifical para officiar en la fiesta de los tabernáculos que iba a empezar. Tampoco perdió tiempo para juntar un ejército y mandar fabricar armas. Lo que no había conseguido el valor de Judas Macabeo, lo realizaron las divisiones del reino de Siria. A fines de 152, y excepto escasas restricciones, aparecía Jonathán soberano de Judea.

En efecto, la dignidad de sumo sacerdote era la que podía juntar a todas las disidencias del pueblo judío, extraño ya a la idea de realeza. Las consecuencias demostraron que esto era un mal enorme. La dinastía asmónea pereció por acumular al mismo tiempo el poder sacerdotal y el poder militar. Con ello se faltaba además, formalmente, a la ley, que exigía que el gran sacerdote fuese de la familia de Aarón. Pero en el tiempo que nos ocupa era imposible otra solución. Desde la muerte de Alcimus no había habido gran sacerdote. Es dudoso que Alcimus fuera de la añeja raza sadokita. De todas formas, aquella raza no volvió a ocupar el pontificado y la reemplazó la fundada por el heroísmo de Mattathiah. El hijo de Onías III nunca había sido reconocido en Judea. Este último de los sadokitas tuvo entonces una idea singular: la de que le concediera permiso el rey de Egipto para construir un templo semejante al de Jerusalén, en Heliópolis, según un pasaje de Isaías, que él entendía a su manera. Este proyecto pueril tuvo poco éxito. Jerusalén era indestronable. El plagio egipcio vivió, sin embargo, como todos los establecimientos religiosos relacionados con cuestiones pecuniarias, hasta el siglo I de nuestra Era.

Demetrio hizo a Jonathán ofertas superiores a las de Bala, pero poco

después fue vencido y muerto. Jonathán figuró fastuosamente en Acre, en la boda de Bala con la hija de Tolomeo Filometor (primavera de 150). El valor de Judas Macabeo y de otros muchos sólo sirvió para dar un comparsa más a un mundo innoble. La vida que llevaba Bala en Fenicia era lo más vergonzoso que se había conocido. Además, las rivalidades y traiciones convivían por todas partes, para disputarse los pedazos de un mundo que no merecía tales males. En 148, Demetrio II, hijo de Demetrio I, se proclamó rey de Siria con un ejército de mercenarios cretenses. Jonathán fue fiel a Bala, hizo por él una buena campaña contra Jaffa y tuvo el gusto, propio de un judío, de destruir el templo de Dagón. Ganó con todo esto para Judea la antigua ciudad filistea de Ekrón. Aprovechando los disturbios de aquella época tenía una idea fija, que era hacer las hendiduras de un mundo que se dislocaba por todas partes.

La ciudadela de Jerusalén, que seguía siendo siria, era la espina que se le clavaba en el corazón. Creyó que aquel estado de anarquía le permitiría todo, y emprendió el sitio de la ciudadela con todos los medios policéuticos de aquel tiempo. Los apóstatas o moderados refugiados en ella se vieron perdidos y avisaron a Demetrio II. El valor de Jonathán en aquella ocasión estuvo a punto de perderle. Irritado Demetrio, fue rápidamente a Acre y mandó a Jonathán que levantara el cerco y se le presentase. Jonathán ordenó suspender las operaciones y se presentó a desafiarse el peligro, con un séquito de sacerdotes y ancianos. Llevaba también grandes cantidades de oro y plata y regalos espléndidos. El dinero y los regalos hicieron su efecto. Jonathán consiguió las simpatías de Demetrio II, que le confirmó en su pontificado y todo se le concedió, menos la evacuación de Akra. Tres distritos de Samaria quedaron unidos a Judea, y se capitalizó el impuesto de todos estos países en trescientos talentos. A aquellos desgraciados soberanos seléucidas no los sostenían más que los mercenarios. Siempre estaban necesitados de dinero. Es curioso que quince años después de los desastres más horribles, abundara ya el dinero en Jerusalén.

Es evidente que Jonathán, aunque vasallo de los seléucidas, era en 145 un soberano nacional, un etnarca, que trataba en nombre de su nación y velaba por su engrandecimiento. El reino seléucida iba de vergüenza en vergüenza. Como no había ningún sentimiento nacional en aquel imperio, todo se reducía a tomar a sueldo ejércitos de extranjeros, dispuestos a todas las defecciones. Hasta Demetrio II, los pretendientes habían tenido que cubrirse con un título seléucida más o menos auténtico, pero en adelante ya no será necesario. Un tal Diodoto, apellidado Trifón, nacido en Apamea, capaz de todos los crímenes, aspiró a la soberanía, primero por medio de un testamento, supuesto seléucida. Aprovechando el descontento de unos soldados licenciados suscitó un rival a Demetrio II: era un hijo de Bala (Antíoco VI). Hubo entonces un cruce de intrigas indescifrables. En aquel mismo instante renovaba Jonathán sus tentativas cerca de Demetrio para deshacerse de las guarniciones sirias de Akra y Betsur. Demetrio lo otorgó todo con tal que Jonathán le proporcionase los refuerzos que necesitaba. Las costumbres militares habían progresado tanto entre los judíos, que Jonathán pudo mandar a Antíoco tres mil soldados bastante buenos. Aquellos tres mil judíos cayeron jus-

tamente en medio del motín. La gente de Antioquía estaba preparándose a destronar a Demetrio. Los judíos detuvieron la revolución, y por lo pronto siguió Demetrio en el trono. Los soldados judíos volvieron a Jerusalén cargados de botín. Demetrio, al parecer, faltó odiosamente a su palabra. En lugar de demostrar su gratitud a los que le habían sostenido en el trono, se portó muy mal con Jonathán, y éste se creyó desligado de su palabra. Se unió a Antíoco VI, que le confirmó en sus títulos y privilegios. Su hermano Simón fue nombrado gobernador militar del país desde la escala de los Tirios hasta Egipto.

El gran ardor de Jonathán superaba todas las decepciones: nunca ostentó mayor actividad que cuando la edad empezaba a pesarle. Ascalón, Gaza y Damasco le vieron siempre victorioso. En Kades de Galilea dio con un cuerpo de soldados de Demetrio que estuvieron a punto de hacerle perder en una hora todos los resultados de su vida laboriosa. La aventura no era cosa nueva para él. Pudo volver a Jerusalén, pero eran tales las circunstancias en Oriente que nadie en aquella época de disturbios tenía seguridad de descansar una hora. Otras veces le vemos guiando hacia Hamath y el Eleutero, verificando algaradas contra los árabes zabdeos, y vendiendo en Damasco el botín ganado. Mientras, Simeón, aprovechándose de la anarquía universal, tomó el refugio de Betsur. Los judíos helenistas que allí había fueron expulsados del país, se purificaron aquellos lugares y se mandó a ellos israelitas ortodoxos. Simón emprendió en seguida una expedición por Ascalón y Jaffa, bajo pretexto de quitar aquellas poblaciones a los soldados de Demetrio, y en realidad, para quedarse con ellas. Dejó guarnición judía y fortificó a Hadida, cerca de Modin.

El Estado judío, a pesar de ser vasallo aún, tomaba bastante importancia. Jonathán pudo pensar en los romanos, de quienes tanto se hablaba entonces, pero parece que las relaciones de los asmóneos con Roma, que les dieron un conocimiento muy imperfecto sobre aquel pueblo, aún no habían empezado. Jonathán consultaba a los notables sobre todos los asuntos importantes. Deliberó especialmente con ellos sobre la construcción de plazas fuertes en Judea, sobre la elevación de los muros de Jerusalén, y de otro muro que separase totalmente a ésta de Akra, impidiendo todo comercio entre ambas. No pudiendo tomar a Akra, trataba Jonathán de aislarla, y cortarle los abastecimientos. Cuando se quiso tocar las antiguas construcciones por la parte del barranco, se derrumbaron.

Se ignora el motivo, pero es seguro que en cierto momento consideró Trifón a Jonathán como su más peligroso enemigo. Trató de prepararle una asechanza, y le invitó a ir a Betsean o a Scitópolis. Jonathán acudió bien acompañado. Con varios pretextos consiguió Trifón separarlo de su tropa, lo llevó hacia Acre y le prometió entregarle esta ciudad. Jonathán tuvo la debilidad de ceder y entró en Acre con sólo mil hombres. Con facilidad se les pudo vencer, y el anciano jefe de Israel cayó en un cautiverio del cual no volvió a salir (143 antes de J.C.).

De este modo terminó la carrera de uno de los guerreros más hábiles y bravos del siglo II. No fue el creyente y el patriota quien salió adelante, sino el jefe de salteadores al estilo árabe. Participando en todas las con-

tiendas, dirigiéndose diestramente hacia el jefe más dispuesto a sacrificar sin vergüenza todos los derechos del Estado a sus intereses privados, conseguía su objetivo, que era verdaderamente patriótico, pero que no hubiera logrado sin la debilidad interior del imperio seléucida. El Estado judío fue creado por las divisiones interiores del imperio seléucida. Pero Jonathán mereció realmente el título de fundador dinástico. Se expuso constantemente a la muerte; atendió siempre el bien de su partido, y cuando el partido se convirtió en nación, al bien de la nación, cuyo engrandecimiento persiguió a través de las aventuras más variadas. Su moralidad estaba al nivel de la moralidad media de su tiempo, la cual no era gran cosa. Su alma fue poco devota, al parecer. Era fanático y cruel por las necesidades de su misión. Lógicamente, se sintió mucho su pérdida. Fue tan llorado como Judas Macabeo.